

hombre mas vil, como por las Testas coronadas.

Acordaos de las muchas veces que le vimos ocupado con un criado, y con un hombre del campo, dexando la mejor y mas gustosa compañia por asistirlos. ¿Y cómo la dexaba? ¿Pregonando lo que iba á hacer? El solo sabia el bien que hacia, y nunca hubo persona que hiciese ménos ruidosas sus obras de virtud.

No tenemos que esperar recobrar lo que hemos perdido en un amigo tan señalado; pero despues de haber dado algun tiempo al dolor de su pérdida, digámonos lo que él nos dixera si pudieramos oirle. No son nuestras lágrimas las que han de honrar su memoria; imitemos sus virtudes, si queremos mostrar el respeto y veneracion que le tenemos. Cumplamos nuestras obligaciones como le vimos cumplir las suyas; juzguemos bien de nuestros próximos; edifiquémoslos con nuestro exemplo; no salgamos de las obligaciones del estado en que Dios nos ha puesto; conservemos la paz y union con nuestros próximos, y con nuestras familias; hagámonos amables á los que nos tratan; procuremos ganar su confianza con un proceder desinteresado; no nos dexemos arrastrar de nuestras inclinaciones naturales; hagamos mucha reflexion ántes de resolernos á obrar; pretendamos con mas actividad el bien de aquellos con quienes hemos de vivir, que el que podemos desear para nuestra convenienciá; demos á nuestro próximo lugar, ántes que á lo que puede ser de nuestro gusto; pero hagamos todo esto sin ostentacion ni deseo de singularizarnos. Así seguiremos las instrucciones de nuestro ilustre amigo: así haremos que reviva en nosotros, y aprovechándonos de los exemplos que nos dió, podremos esperar volver algun día á lograr su compañia en el Cielo.

*Carta del P. Martino, Confesor del Señor Duque de Borgoña.*

**M**UY Reverendo Padre. Por ésta sabrá V. Reverencia la pérdida que tuvo ayer á las cinco de la ma-

ñana esta Casa Profesa en la persona del P. Luis Burdalue, que nos arrebató en ménos de dos dias una calentura, junta con una violenta inflamacion del pecho: porque logró hasta el último Domingo, día de la fiesta del Espíritu Santo, la felicidad de decir Misa como acostumbraba.

Podemos decir que procedió de su zelo esta enfermedad breve y mortal. Había algun tiempo que padecía una destilacion muy molesta, y no obstante predicó diez dias ántes; y vivió con tan poco cuidado en mirar por sí despues, que ántes parece que aumentó su trabajo en la asistencia de los enfermos, y en el confesonario. Así tuvo el consuelo de morir, como deseaba, con las armas en la mano, y ántes que una edad mas adelantada le hiciese incapaz de combatir.

Bien puede V. R. hacer juicio de nuestro desconuelo, por lo que interesaba esta Casa en tener un hombre, en quien se hallaban con ventaja todas las prendas que pueden hacer útiles á la Iglesia las personas de su estado: un genio fácil y elevado, un entendimiento vivo y penetrante, un conocimiento exacto de todo lo que debía saber, una razon recta que le hacia ir siempre á la verdad, una aplicacion constante en cumplir todas sus obligaciones, y una virtud en que era sólido quanto se reconocia en ella.

Estas prendas se conocieron en el P. Burdalue desde sus primeros años, en las clases en que segun nuestros estilos estuvo; ya como estudiante de Teología, ya como Maestro de Gramática, Retórica, Filosofía, y Teología Moral. Mas habiendo llegado el tiempo destinado por la Providencia para ponerle sobre el candelero con los dos empleos mas importantes del Ministerio Evangélico, le dieron á conocer con tan gran lustre, que no habrá cosa que pueda borrarle, y durará perpetuamente su memoria.

No hay quien ignore á lo que llegó en el púlpito su eloquencia. Si recibió todos los talentos propios para acertar en este oficio, los cultivó con trabajo tan cons-

tante, y los empleó con tan maravilloso efecto por tiempo de quarenta años, que la Francia le mira como el primer Predicador de su siglo. Lo mas singular que en esto puede decirse, es que como hablaba siempre con gran propiedad y solidez, sabia hacer respetable la Religion aun á los mas licenciosos, conservando las verdades christianas en su boca toda su dignidad y eficacia.

A la verdad, sin contar por lo principal de su talento la elegancia, que ciertamente no le faltaba, daba á sus discursos una hermosura magestuosa, una dulzura eficaz y penetrante, un modo de decir noble y nacido para insinuarse en los corazones, y una elevacion natural y proporcionada á la capacidad de todos los oyentes. De este modo, igualmente era al gusto de los Grandes y del pueblo, de los sabios y de los sencillos, y se hacia dueño del corazon y del entendimiento de todos, para hacer que se rindiesen á la verdad que les predicaba. Tenia tambien muchas veces el consuelo de coger por sí mismo la mies que habia preparado, sembrando el buen grano de la palabra de Dios en el campo del Padre de familias. Porque ¿quántas veces vimos personas, aun de la primera representacion, que estando ciegas con los encantos del siglo, y endurecidas con una larga serie de culpas, en fin vinieron á poner en manos del P. Burdalue sus corazones estremecidos del temor, y quebrantados con la compuncion que les habia infundido?

No fué menor su acierto en dirigir las almas. Guiábalas á la perfeccion propia de su estado por los caminos mas seguros, evitando toda afectacion y singularidad, y aplicándose á conocer la disposicion particular que obraba la gracia en ellas, sabia valerse de ella perfectamente para adelantarlas en la virtud. Es prueba bien clara de esto la virtud sólida de tantas almas de toda suerte de estados, que le tuvieron por Director, ya en el siglo, ya en las Casas Religiosas.

Pero este don tan excelente de llevar las almas por el camino de la virtud resplandecia especialmente en la asistencia á los enfermos. No podia imaginarse cosa mas al-

caso para instruirlos y alentarlos, que lo que les decia en aquel tiempo fatal en que el hombre entregado al dolor, y cercado de las sombras de la muerte halla muy débiles socorros en su razon propia. Era tan notoria esta gracia en el P. Burdalue, que ha muchos años que le llamaban muy frecuentemente para asistir á los moribundos; y correspondia de su parte con toda la sollicitud de la caridad christiana, pasando á veces desde el púlpito á la cabecera de los enfermos sin tomar un instante de descanso.

Unos empleos de tanta importancia, exercitados con tan especial esmero, le habian grangeado tan universal aprecio, que las personas de la primera elevacion del Reyno le honraban con su amistad, y si puedo explicarme así, se honraban de tener en su amistad alguna parte. Apenas corrió la voz de su enfermedad, quando las personas de primera clase, así de la Corte como de la Ciudad, enviaron con muestras de muy verdadero cuidado á saber el estado en que se hallaba; y quando se supo su muerte, todo el mundo se interesó en nuestro desconsuelo, y tuvo por obligacion de su gratitud el mostrarle, por el mucho bien que se dignó Dios de hacer por su medio para utilidad pública en el discurso de tantos años.

Pero lo que debe hacer mas estimable la memoria del P. Burdalue, son las virtudes sólidas que supo juntar; segun el espíritu de nuestras Reglas, con los grandes talentos de que Dios le habia dotado. El zelo de la gloria de Dios era el alma de lo que executaba en todos sus empleos, sin que en nada le llevase el interes de la propia. Estaba tan léjos de complacerse á sí mismo con aquel genero de vanidad, á que quando las cosas salen prosperamente es tan difícil resistirse, que daban materia á su sufrimiento los aplausos que recibia; y contentiendose siempre en los términos de una exácta modestia en todo lo que le tocaba, era pródigo de sus alabanzas con todas las personas en quienes reconocia algun mérito. Sé de una que estimaba con particularidad, que habiendole



preguntando un día, si tenia alguna complacencia entre tantas cosas que se la podian ocasionar, respondió: que habia mucho tiempo que le habia hecho Dios el favor de conocer la nada de quanto brilla en los ojos de los hombres, y le hacia aun él de no dexarse llevar de ello. A otro dixo: que estaba tan convencido de su incapacidad para todo, que no obstante lo bien que le salia todo, habia menester mas para resistir el desaliento, que para guardarse de la presuncion.

Ni era mayor la fuerza que le hacia el gusto que podia hallar en el trato que por la obligacion de su empleo tenia con el mundo. Como servia al próximo sin interes, estaba con un entero desasimiento. Pondré aquí una prueba, que no puede dexar de ser de edificacion para V. R.

Ha muchos años que instó á los Superiores para que le permitiesen pasar lo que le quedase de vida en una de las Casas de retiro que tenemos léjos de Paris; y no habiendo conseguido este intento, hizo nueva instancia tres años ha á N. P. General para obtener licencia de retirarse al Colegio de la Fleche, y ocuparse únicamente en el cuidado de su alma. Pero Dios, que queria servirse de él para el bien espiritual de muchas almas, no permitió que consiguiese mas esta segunda vez que la primera. No obstante, se puede decir que consiguió lo que mas deseaba en este punto: porque velando con mas cuidado sobre sí mismo, supo adquirir en medio de los embarazos en que le tenia como preso la Providencia, los mismos aumentos de virtudes que se prometia en la quietud santa, por la qual suspiraba.

Mas este cuidado de sí mismo le acompañó toda la vida: y por este modo cumplió tan perfectamente el consejo que dió el Apóstol á su discípulo Tito: *Se tu mismo exemplo de buenas obras en todo lo que pertenece á la doctrina, á la integridad y á la sabiduría. Sea santo, y en nada digno de reprehension lo que dixeres, para que qualquiera que se nos declare por enemigo, quede confuso no hallando que censurar en nosotros.* V. R. reconocerá

cier-

ciertamente en estas palabras al P. Burdalue por poca reflexion que haga sobre lo que vió en él tantas veces. No hablo aquí de lo que habló en público, en que por dicho de todo el mundo no salió palabra de su boca en que tuviese que censurar la crítica mas severa. Hablo de su proceder ordinario, que la mas desenfadada libertad de hablar se vió obligada á tratar con respeto, aun en un hábito al qual acostumbra perdonar tan poco.

En medio de los negocios de que parecia mas inseparable la distraccion, no dexaba de ser dueño de su alma, segun la expresion de la Escritura. De tal suerte, que estando obligado al trato exterior para corresponder á la confianza que se hacia de su persona, jamas se apartaba un punto de lo que convenia á su estado, y siendo buscado de todas suertes de personas, trataba con todas con proporcion á la calidad y lugar en que las habia puesto la Providencia. De esta suerte tenia respeto á los Grandes sin perder la libertad propia de su Ministerio, y era fácil y afable con los pequeños sin hacer su dignidad despreciable. No consistia esta prudencia en las sutilezas de alguna política; porque era hombre de la mayor solidez y verdad del mundo; nada habia frívolo en quanto hacia, nada contrario á su empleo, y no habia respeto que le hiciese faltar en un punto á su sinceridad y franqueza. Su rectitud, su buen juicio, y la fé, le hacian descubrir en cada cosa lo que Dios habia puesto en ella para que sirviese de regla á nuestro gobierno.

Rigiéndose por estos principios, todos eran iguales en su juicio en órden á la salvacion de sus almas: las personas de mas baxa condicion hallaban en él para este fin las mismas ayudas que las de primera calidad. Hubo algunas, que habiéndole dado á entender que su mucho crédito les estorbaba el recurrir á él en el tribunal de la penitencia, se convencieron al ver el trato sincero, y el agasajo con que las prevenia, de que no estrechaba su zelo á las personas que sobresalian por su nobleza ó empleos. Lo mismo estilaba en el oficio de predicar: porque con el mismo gusto le exercitaba en los hospitales, en las cárceles, y en los lu-



gares pequeños, que en la Corte, y en las mayores Ciudades del Reyno. El deseo de servir á los próximos le hizo despreciar siempre aquellos cuidados del crédito y de la salud, que piensan muchos ordinariamente que han de perder trabajando demasidamente por la pública utilidad: y Dios echó tal bendicion á su zelo, que le hemos visto predicar en una edad tan crecida con la misma eficacia y acierto que en lo mas florido de sus años.

Como es la piedad con Dios la que da valor á todas las virtudes, despues de lo que acabo de decir debo mostrar á V. R. á lo que esta virtud llegó en el P. Burdalue. Observaba exáctamente todos los exercicios que nos manda la Regla para conservar en nosotros el espíritu de una devocion verdadera. Dedicaba al retiro los primeros días de cada año: y para mantener el fervor que habia adquirido en él, daba cada día tiempo considerable á la oracion. El officio divino le servia de particular gusto. Habia empezado á rezarle regularmente mucho tiempo ántes de estar obligado á él por las Ordenes sagradas; y solo le sirvió la obligacion de despues para cumplir con este tributo con aumento sensible de fervor. Por lo que toca á la Misa, teniendo bien comprendida la grandeza de una funcion tan sublime, se habia puesto una regla de decirla todos los días como si cada uno fuera el último de su vida. De esta suerte, ni la costumbre (que ordinariamente suele entibiar el fervor) ni la multitud de negocios (que trae consigo las distracciones) le embarazaba el sacar copiosas gracias de esta fuente de ellas; y de aquí nacia, que estando lleno de los afectos que produce en el alma la participacion de los misterios divinos, hablaba en la ocasion de las cosas de Dios con no ménos viveza que mocion de los que le oian.

En fin, hacia singular aprecio de todo lo que pertenece al culto divino. Las menores ceremonias de la Iglesia eran una cosa muy grande en su estimacion. Amaba, á exemplo del Profeta, la hermosura de la Casa del Señor: y el zelo que tenia de ella le obligaba á tener cuidado particular del adorno de los altares. Pero ¿qué de cosas no sabemos, por haberlas echado su modestia un velo que

no es posible correr? Porque contentándose con agradar á los ojos de Dios que escudriña los corazones, ocultaba á los de los hombres todo aquello que la ley de la caridad no le obligaba á descubrir. No era de su gusto la devocion que hace ruido, ni habia otro mas enemigo de ostentacion.

Bien conozco que esta carta pasa mucho de los términos comunes. Para dar fin es menester decir á V. R. en pocas palabras el fin que tuvo una vida tan bien empleada. Conoció el P. Burdalue la cercanía de la muerte, con una tranquilidad que tenia mucho mas su origen en la fé y esperanza christiana que le confortaban, que en la comprehension natural de su entendimiento. La aceptó como sentencia fulminada contra el hombre pecador por la justicia divina; y al mismo tiempo la miró como principio de las misericordias que Dios habia de hacerle: sentimientos que expresó con términos tan vivos, que quedarán impresos mucho tiempo en los corazones de los que le oyeron. *To veo bien (estas son casi sus propias palabras) que no puedo salir de este accidente sin milagro: pero ¿quién soy yo para que Dios haga milagros por mí? . . . Lo único que pido es que se haga su santa voluntad, aunque sea á costa de mi vida, si lo quiere así. . . Si quiere acabar con este cuerpo de pecado, me conformo con todo mi corazon: y si quiere apartarme de este mundo, en que he vivido tanto tiempo, y unirme para siempre con su bondad, quiero que su voluntad se cumpla.*

Lunes por la mañana pidió los últimos Sacramentos de la Iglesia, no tanto porque instase la necesidad, segun el juicio que se podia hacer entónces, que por lo que deseaba recibirlos con mas atencion, y mas en su acuerdo: y así los recibió con tal edificacion, que causó suma mocion en todos.

No será materia de poco gusto á tan ilustres amigos como sus prendas le adquirieron, el saber que no los olvidó en estos últimos términos. Pidió que los asegurasen, que si Dios tenia misericordia de él, como lo esperaba, se acordaria de ellos en su presencia, y que miraba el dexarlos como una parte del sacrificio que hacia de su vida al dominio supremo de Dios.

Añadiré, que habiendo hablado conmigo en particular de algunos negocios con todo aquel juicio que V. R. le reconoció, me pidió la bendición de tal modo, que me hizo entender que la grandeza verdadera no es incompatible con la simplicidad que inspira el Evangelio, ni con aquella fé que le descubre al Religioso humilde de la persona de Jesu-Christo en la del Superior, por despreciable que sea. Pero no es esta la primera prueba que de este respeto me dió el P. Burdalue: porque no debo dexar de decir aquí, que fué amante de la sujecion toda su vida, que exerció la obediencia con puntualidad, y la prefirió á los empleos que podian eximirle de ella, y que muchas veces se le instó para que los aceptase.

Hay muchas razones para que sienta la Compañía su falta: pero la mas eficaz es el amor cariñoso y verdadero que la tenia. No es fácil decir lo que la estimaba, y los diversos afectos que esta estimacion le hacia tener en sus sucesos prósperos y adversos. En vano han pretendido algunos mas de una vez persuadir lo contrario al mundo, por disminuir la honra que la daba. En estas ocasiones parece que se revestia de nuevo espíritu su zelo. ¡Con que expresiones tan vivas protestaba que la debía quanto era, y que siendo uno de los mas señalados favores que Dios le habia hecho el de su vocacion, fuera el hombre mas injusto, si tuviera la menor tibieza en el aprecio y amor con que la miraba!

El P. Burdalue nació en Burgés á 20 de Agosto de 1632, y entró en la Compañía á 10 de Noviembre de 1648. Con que vivió 72 años, y en la Compañía 56. Demos gracias á Dios por la gracia que le dió para perseverar fielmente, y con tanta estimacion en una carrera tan dilatada, y pidámosle juntamente que le anticipe la posesion de la eterna felicidad, si no está ya gozando de ella. Y soy siempre con el respeto que debo de V. R. &c. París, y Mayo 14 de 1704.



